

Anatomía del caciquismo extremeño: «Jarrapellejos», de Felipe Trigo

1. *Las razones de una marginación.*

De no ser por la meritoria labor llevada a cabo por la Editorial Turner, reeditando dos de las obras más significativas de Felipe Trigo, bien poco sabríamos de una de las figuras más controvertidas de nuestro inmediato pasado cultural. En efecto, no es exagerado calificar a Trigo como el «gran olvidado» de la literatura extremeña si de literatura extremeña puede hablarse, y la recuperación de su obra corresponde a todos aquellos interesados en reivindicar una actividad intelectual comprometida insobornablemente con la realidad de la época que le tocó vivir.

Quizá por esta razón el olvido de Trigo, como el de tantos intelectuales extremeños, no sea casual. Su valiente denuncia de unas estructuras políticas y sociales particularmente injustas e irritantes, en gran medida vigentes en la actualidad, le convirtieron en un autor molesto y poco presentable para los que, en Extremadura especialmente, siguen otorgando patentes de calidad. La labor de nuestros santones de la cultura consistiría, por tanto, en enaltecer «ad nauseam» todo lo que de conservador, mediocre y castizo abunda en nuestro pasado literario y artístico, marginando las aportaciones críticas y progresistas en la medida en que podrían poner sobre el tapete la actualidad de ciertas realidades que es conveniente mantener en un discreto segundo término. Para el caso que nos ocupa, en el olvido de Felipe Trigo estaría enmarcado un sutil intento de obviar una de las peores lacras aún presentes en nuestra región: el caciquismo rural. La crítica de este sistema

que aflora con la Restauración está presente en varias de sus novelas, pero adquiere especial virulencia en *Jarrapellejos*, significativamente subtitulada «vida arcaica, feliz e independiente de un español representativo» (1). Hay que advertir, sin embargo, que la simple crítica del caciquismo no hubiera despertado nuestro interés, si no fuera porque a través de ella hemos detectado en nuestro novelista a un cualificado representante de lo que se ha dado en llamar regeneracionismo noventa ochista.

Queda claro, por lo tanto, que en el presente trabajo no utilizaremos criterios valorativos estrictamente literarios, para los cuales no estamos cualificados, sino que pretendemos única y exclusivamente detectar en qué medida la novela *Jarrapellejos* testifica de forma crítica la realidad política y social de una época.

Se nos podría argumentar hasta qué punto es lícito que el historiador conceda el valor de fuente a la creación literaria. La pregunta es legítima y a ella habría que responder que, para el caso que nos ocupa, es decir para el análisis del fenómeno del caciquismo, podría quedar obviada afirmando que la realidad siempre fue más trágica y sangrante de lo que Felipe Trigo nos narra. No en vano Eugenio de Nora califica la obra de Trigo como «cruda realidad experimental» (2), y Vargas Vila le llama realista, «un enorme y opulento escritor realista» (3). Todo lo cual no sería más que una manifestación del cientifismo positivista del que nuestro novelista siempre hizo gala y del que participó, de una u otra forma, todo el movimiento regeneracionista, dentro del cual lo incluimos.

No queremos dejar de hacer alusión a otro componente importantísimo en la obra de Felipe Trigo que, junto con el suicidio con el que puso fin a su vida, ha servido para que nuestros eruditos bienpensantes le ponga en la picota del olvido; nos referimos, naturalmente, al pretendido carácter «pornográfico» de la misma. En efecto, el erotismo, unas veces soterrado y latente, otras directo, está presente a lo largo de su obra, pero esta vertiente, tan mal comprendida, no es más que otra manifestación de su carácter innovador, si tenemos en cuenta que hoy día la llamada literatura erótica ocupa lugar de gran dignidad en el panorama de la creación literaria. Así lo entiende E. de Nora cuando al referirse a Eduardo Zamacois y a nuestro autor afirma que

«resultan, no ya precursores, sino maestros indiscutibles de los numerosos cultivadores de la *novela erótica*, incluso en el repliegue y la superación final de ésta en un realismo crítico orientado hacia el análisis sicológico e imbuido de preocupación social» (4)

Esperemos que las líneas que anteceden hayan servido para justificar la atención que hoy prestamos a la tarea de recuperación de uno de nuestros intelectuales más lúcidos y renovadores. Recuperación necesariamente incompleta, porque parcial es nuestro campo de análisis, centrado, como ya apuntábamos, en dos aspectos concretos:

- estudio del fenómeno del caciquismo rural a través de la novela *Jarraspellejos*.
- partiendo de dicho análisis, inserción de Felipe Trigo en la corriente regeneracionista de principios de siglo.

Para terminar con esta breve introducción quizás no esté de más aportar algunos datos biográficos, necesarios para enmarcar históricamente la labor de nuestro novelista. Felipe Trigo nace en Villanueva de la Serena en 1864, estudia en el Instituto de Badajoz y cursa la carrera de Medicina en el colegio de San Carlos, de Madrid, licenciándose a los 23 años y empezando a ejercer la profesión en Trujillanos y Valverde de Mérida; ingresa en el cuerpo de Sanidad Militar y es destinado a Sevilla, donde ejerció una intensa actividad literaria como crítico y periodista. Interviene en la campaña de Filipinas y es macheteado por los tagalos. Ya inválido civil, ejerce la Medicina en Mérida y se dedica febrilmente a la labor de creación, prueba de lo cual son las 19 novelas aparecidas entre 1901 y 1916, año en que se suicida, aquejado, al parecer, de crecientes desequilibrios nerviosos. *Jarrapellejos* aparece en 1914, aunque la temática del caciquismo está presente también en *El Médico Rural* (1912), novela a la que, tangencialmente, nos referiremos en más de una ocasión.

2. La crítica del caciquismo.

La actividad creadora de Trigo coincide, pues, con un período especialmente convulso de nuestra historia más reciente. El sistema

surgido de la Restauración se muestra incapaz de seguir funcionando como paragolpes de los crecientes deseos de participación política de amplias capas de la población hasta el momento marginadas, y los partidos turnantes se atomizan de día en día en un penoso intento de perpetuarse en el ejercicio del poder. El divorcio entre país real y oficial no hace más que acentuarse, mediante farsas electorales, en las que la lacra del caciquismo juega papel preponderante. Los intentos destinados a acabar con este estado de cosas y que parten de la oligarquía en el poder, se quedan en mero fuego de artificio, como demostró la tan cacareada «ley de descuaje del caciquismo» que Antonio Maura pretendió hacer aprobar, infructuosamente, en 1907 (no deja de ser significativo y al mismo tiempo pintoresco el que Maura, en las elecciones de ese mismo año, recurra a la tradicional corrupción caciquil para conseguir la mayoría). José María Jover caracteriza de la siguiente forma el sistema caciquil:

«. especie de supervivencia señorial en los medios rurales, en virtud de la cual algunas figuras del pueblo o de la aldea, destacados por su poder económico, por su función administrativa, por su prestigio o por su influencia cerca de la oligarquía, controlan de manera directa extensos grupos humanos; a esta supervivencia señorial se llamará caciquismo (cacique: «señor de vasallos en alguna provincia o pueblo de indios») (5).

Parece evidente que con tan burdo falseamiento del sistema de sufragio universal, propiciado por la oligarquía, los sucesivos intentos de acabar con él que partiesen del poder, habían de quedar en papel mojado porque, como se ha dicho tantas veces, no se cuenta el suicidio entre los hábitos de la clase dominante.

Tuñón de Lara pormenoriza más las características del sistema cuando afirma que

«El caciquismo sólo es posible en un país de gran propiedad agraria. El cacique es el ricacho del pueblo; él mismo es terrateniente o representante del terrateniente de alcornia que reside en la Corte; de él depende que los obreros agrícolas trabajen o se mueran de hambre, que los colonos sean expulsados de las tierras o que las

puedan cultivar, que el campesino medio puede obtener un crédito. La Guardia Civil del pueblo está en connivencia con él, el maestro —que vive miserablemente— debe someterse a él, el párroco prefiere por lo común colaborar con él; en una palabra, es el nuevo feudal, es el señor omnímodo» (6).

Como más adelante veremos con más detalle, la imagen que del cacique y de las palancas de su poder nos da el profesor Tuñón coinciden punto por punto con la encendida denuncia que del mismo lleva a cabo F. Trigo en *Jarrapellejos*. Y no podía ser de otra forma, dado que la gran propiedad agraria extremeña es el caldo de cultivo de ese subproducto de un régimen político corrompido como el de la Restauración.

Como es sabido, las capas más conscientes de la pequeña burguesía intelectual no permanecieron impasibles ante tal estado de cosas, y su protesta se canalizó a través del movimiento regeneracionista, dentro del cual, como ya hemos apuntado, hemos de considerar inserto a nuestro novelista. Aspecto este nada excepcional a nivel literario, puesto que es claramente perceptible en la producción del último Galdós, como se deja ver en *El Caballero Encantado*, novela aparecida 1909. De dicha obra es el siguiente texto referido a la prepotencia caciquil:

«... aquí no hay más ley que el capricho y *el me da la gana* de esa familia. Los alcaldes son suyos, suyos son los secretarios de ayuntamientos, suyos el cura y el pindonguero juez, ya sea municipal, ya de primera instancia. Como te coja entre ojos un Gaitín, encomiéndate a Dios... Porque aquí decimos que hay leyes, y mentamos la constitución cuando nos vemos pisoteados por la autoridad. Nombrar esas cosas es como si cuando te estás ahogando en un río pidieras botas de montar. Los tiranos que aquí se llaman Gaitines, en otra tierra de España se llaman Gaitanes o Gaitones... Pero todos son los mismo... No puedes respirar si no estás bien con el alcalde, con el juez, con la Guardia Civil, con el cura» (7).

Evidentemente el regeneracionismo no es sólo anticaciquismo, pero sí un componente esencial del mismo. Para Tuñón, de la crí-

tica del caciquismo se pasa al antiparlamentarismo y a la crítica de los partidos políticos, caracterizándose también por un cierto pragmatismo y elitismo, derivado este último de un intento de hacer el bien del pueblo sin contar con él (8). Por estos derroteros discurrirá el contenido de la obra de Joaquín Costa, Lucas Mallada y Ricardo Macías Picavea (9).

Por lo tanto, el haber hecho especial hincapié en el fenómeno regeneracionista no ha tenido otro objetivo que considerar a Trigo inserto dentro del mismo, puesto que, como veremos, su denuncia del caciquismo no es aislada ni circunstancial, sino que le lleva a consideraciones más generales que, en determinados momentos, rozan el arbitristo político.

Pero vayamos, sin más preámbulos, al excepcional testimonio de *Jarrapellejos*.

a. *La figura del cacique: ámbito de actuación y filosofía.*

Felipe Trigo cuida de que no sea posible la identificación exacta del solar del cacique, pero es evidente que, por la descripción del pueblo donde actúa, podemos hacerlo coincidir con cualquier núcleo de población de mediana importancia en la Baja Extremadura. Sus naturales hacen gala, si embargo, de un ridículo chovinismo:

«La Joya es lo mejor de Extremadura; Extremadura es lo mejor de España; España es lo mejor del mundo; luego la Joya es lo mejor del mundo. Cuando menos..., aquí, en la Joya, pueblo que guarda cuidadosamente todas las puras españolas tradiciones de virtud, en religión, en costumbres, en política y en todo, es donde los extranjeros debían venir a conocer la raza» (10).

La pincelada descriptiva, que por irónica roza el esperpento, no es aislada en Trigo y demuestra una especial antipatía hacia un medio rural donde la prepotencia de la oligarquía dominante se presenta de forma más insufrible. El caso no es excepcional: baste recordar la «Vetusta de Clarín» o la «Orbajosa de Gáldos».

Para el forastero que recorre sus monumentos, la presencia del cacique, D. Pedro Luis Jarrapellejos, llega a convertirse en obsesi-

va, pues no se realiza mejora en el municipio en la que no inter venga el prepotente dedo de nuestro hombre. En la descripción de su ascendencia, convenientemente ennoblecida por el turiferario local, Trigo llega a alcanzar niveles de verdadero aguafuerte ¿Acaso es mote Jarrapellejos?

«No, ¿que iba a ser mote?... Apellido y orgullo y timbre de la familia poderosa, aunque chocara, hasta habituarse a su grandeza, con Recaredo, Fredegunda. Doña Urraca y varios de la Historia. Según unos, provenía del gobernador de la Alcazaba de Alajar, Arap-el-Yej, o Ara-pelej; según otros, de un caudillo, ascendiente de D. Pedro, que a sablazo limpio (1808) les desgarró la piel a muchísimos franceses» (11).

Sin embargo, la versión que de la ascendencia de D. Pedro da la débil y domesticada oposición local, difiere bastante de la oficial, haciendo remontar sus orígenes a un célebre salteador de caminos que hacía un siglo se había enriquecido matando y robando.

Como más adelante tendremos ocasión de comprobar, habida cuenta de los sucios trapicheos a que el cacique se dedica, el paralelismo no deja de ser especialmente malévoló.

Pero ¿cual es la «filosofía vital» de nuestro buen Pedro Luis?. Como cabría suponer, la quintaesencia del españolismo castizo y tradicional, el tópico manejado a guisa de espantajo por nuestra asilvestrada y montaraz oligarquía.

«Unos con mucho, otros con nada; así ha sido siempre el mundo y lo será. Mal repartida la felicidad por la tierra, lo mismo se puede ser feliz en Londres que la Joya, si la suerte ha tenido a bien concedernos un poco de dinero. Y si el ideal a que todos aspiramos no es la sabiduría, sino la dicha, que nada tiene que ver con la gramática; si no ha de ser dichoso sino el que nace para serlo; si para los cuatro perros días que hemos de vivir está el toque en pasarlo del mejor modo que se pueda..., ¿a qué empeñarnos en abrirles los ojos a los pobres..., y seguramente las navajas, ni a qué apurarnos porque allá en

Francia e Inglaterra, dejando a nuestra España en su modestia y en su paz, fabrique maravillas al tiempo que anarquistas?. ¿Es que en la clasificación de ahora y de siempre ha dejado de valer menos, por acaso, el ser rico que inglés o que francés? (...) Y después de esto, Octavio, que nos aten la civilización y la carta de nacionalidad a... ¡lba a decir un disparate!» (12).

Es decir, provincianismo procaz y chocarrero «que desprecia cuanto ignora», porque «el pueblo no comerá más aunque aprenda gramática en la escuela» (13). Como puede observarse, Trigo está especialmente interesado en resaltar este chovinismo estrecho y pedestre, quizás para contrastarlo con el europeísmo del que siempre fue partidario y que, de una u otra forma, está presente en el credo regeneracionista,

Ni que decir tiene que interés caciquil e interés colectivo caminan por derroteros diametralmente opuestos. Ello se pone de manifiesto en una Extremadura donde el paro, el hambre y la miseria son males endémicos y que parcialmente podrían ser remediados mediante una política de riegos, circunstancia ésta donde de nuevo se echa de ver la vena regeneracionista de Trigo. Pero a pesar de su cotidianeidad, el paro es algo que deja frío a nuestro pequeño sátrapa.

«Los riegos importábanles tres pitos a Don Pedro Luis, en tanto no les faltasen las jaras y tomillos a sus cabras, las hierbas a sus vacas y sus ovejas, las buenas bellotas a sus cerdos... (14).

Muy por el contrario, la oligarquía rural sabe sacar provecho, como es habitual, incluso de la miseria del pueblo. Don Pedro Luis es bastante mujeriego y basta que una plaga de langosta se deje caer sobre la Joya para que el campesino, hundido en la miseria, sea capaz de cualquier cosa con tal de comer y hacer frente a sus deudas. En este caso de vender incluso a su propia hija a las demandas donjuanesca del rijoso cacique. El esbirro Zig-Zag, uno de los que componen la nutrida e incondicional cohorte del cacique, así lo deja entrever:

«—¡Que sí! ...Que la langosta y el ciclón los ha dejado a perdone usted por Dios, que me consta que el padre ha ido a pedirle mil pesetas a réditos al Zurdo para atender a la tahona, que sí que el Zurdo no se las ha querido dar, sabiéndole arruinado..., y que están pasando las morás, y que esta es la ocasión de que usted le ofrezca a la madre lo que quiera.» (15)

El retrato moral del cacique, su concepción del mundo, su estrecho e interesado «patriotismo», sus turbios y mezquinos intereses quedan magníficamente señalados en los retazos que preceden. Pero el cacique no es más que una pieza, aunque importante, del corrupto mecanismo puesto en marcha por la clase dominante para la defensa de sus intereses de clase. Resta ver ahora las conexiones políticas y sociales del poder caciquil.

b. *Las palancas de su poder.*

El poder caciquil es omnímodo, ya lo hemos dicho, pero no nos resistimos a que sea uno de los personajes de la novela el que nos lo recuerde. Se trata de otro de los sayones de D. Pedro, el Mocho, quien con brutal desparpajo no deja de sorprender a dos emisarios del Gobierno que han venido a comprobar sobre el terreno los devastadores estragos de la plaga de langosta.

«Veían (los emisarios) después por la ventana los edificios, también nuevos, del Ayuntamiento y del teatro, discordantes con los demás de la vieja plaza, e informándose acerca de quien hubiese realizado aquellas obras, obtenían igual contestación: «¡Aer, Don Pedro Luis!». La luz eléctrica, los rótulos de las calles, el uniforme de los guardias... «¡Aer, insistía el Mocho, admirado de que pudieran tales cosas preguntarse—, quién quién ostés que haiga hecho na, más que Don Pedro Luis Jarrapellejos, el que lo hace to, el que pue to, el amo» (...) el hacía y deshacía los diputados y traíalos de coronilla...» (16).

No obstante, Jarrapellejos dispone de buenos valedores, —nobles por más señas—, el duque de Monterrubio en Madrid y, deján-

dose caer de vez en cuando por la Joya, el conde de la Cruz, viejo carcamal perennemente en babia. Son los que permiten y toleran que nuestro hombre se mueva y actúe en la más absoluta impunidad.

Con estos antecedentes se comprenderá que el papel de la primera autoridad local, el alcalde, sea el de mero comparsa de los dictados del cacique, a quien, entre otras cosas, le debe el cargo. Tal es D. Fabián Salvador:

«Antiguo camarada de Don Pedro Luis el juego le arruinó, y don Pedro le hizo alcalde. No había más alcalde que él, desde que empuñó la vara, seis años atrás. Se le vió rápidamente reponerse... Alzar la hipoteca de su casa, comprar tierras, lucir de nuevo a la familia por la carretera del puente en coche... Los fieles amigos achacaban tal prosperidad, al simple hecho de haber perdido el vicio a la banca; Gómez, en cambio, portavoz del siempre postergado y pequeño grupo conservador, en su dichoso periódico, no dejaba de largar insidias sobre los trigos del pósito, la venta y los arriendos de la dehesa boyal y los consumos, las contratas de obras del teatro y del mismo Ayuntamiento» (17).

Corrupción y nepotismo apenas insinuados. Más adelante tendremos ocasión de volver sobre ello; por el momento veamos qué ocurre en tiempo de elecciones, puesto que mucho se ha hablado sobre ello; baste decir que en aquella época las listas electorales eran confeccionadas por los Ayuntamientos. No es exagerado decir, por tanto, que el sufragio universal se convierte en un sarcasmo por obra y gracia de la mano caciquil. Trigo lo refleja muy gráficamente cuando pone en boca de Jarrapellejos las siguientes palabras:

«Hay que saber las triquiñuelas, en esto como en todo, y las irás aprendiendo. Así, por ejemplo, no se te ha ocurrido levantar del escrutinio actas notariales ¿De qué puede servir, entonces, que los interventores tuyos, sin yo saberlo, hayan suscrito las actas?... ¡Bah!, hombre, simple, tonto..., míralas, soy yo quien las tiene, al fin de

la pelea; soy yo quien se las enviará al gobernador, y excuso decirte si me da por romperlas todas y mandar otras... idénticas, con sus sellos y sus firmas» (18).

Ante la sorpresa e indignación de su oponente político, don Pedro decide optar por ser condescendiente.

...«tratándose de ti, no se cambiarán todas las actas: quiero dejarte un concejal» (19).

Todo lo cual es perfectamente coherente con los criterios morales de que hace gala nuestro cacique, para el cual

«la política, o era una farsa, en que mientras los de abajo se mataban a trompazos, los de arriba reían, o para los de arriba también una guerra bruta y sin cuartel... de procesos, de traiciones, de dinero a esportilladas con que ganar a los de abajo. Naturalmente, para los de arriba nada más estúpido y peor que llegar a semejante situación cuando la otra, sin molestias, los llevaba a iguales resultados. A él, a don Pedro, en cierta época lejana, que mucho sentiría que retornase, hubo elección que le costó seis mil duros, diez mil duros, quince y veinte mil duros, y más...» (20).

Partiendo de tales presupuestos, la compra de políticos venales se convierte en práctica habitual y el cargo es utilizado para alentar una pavorosa corrupción, cuyo único objetivo es el medro personal. Los buenos valimientos de Jarrapellejos llegan hasta el nombramiento de gobernadores civiles y diputados, pero lo que especialmente nos interesa resaltar es, como ya hemos apuntado, el cínico desparpajo con que se otorgan prebendas.

«Vamos a ver, Octavio. He conferenciado con tu tío el conde, y está de acuerdo conmigo. Vengo a verte para esto: va a vacar el Gobierno Civil de Badajoz. Se que nuestro diputado Don Florián anda escaso de recursos, y le gustaría, seguramente, ser gobernador para echarse medias suelas. Y si no le gustase, allá él, que al fin y al cabo es forastero; le nombro, hago que le nombren, y en paz. ¿Quieres tu ser, Octavio, diputado?» (21).

No se puede ser más explícito: se trata de que D. Florián, hasta el momento diputado provincial, «se eche medias suelas» en el Gobierno Civil de Badajoz ya que, como apunta más adelante, su desmedida afición a las cupletistas madrileñas, estaba en trance de arruinar el caudal de los Ayuntamientos del partido.

Sin embargo, es a nivel municipal, o lo que es lo mismo, a nivel doméstico, donde la corrupción, por ser más próxima, se hace más insufrible. Los ejemplos abundan y, a veces, contrastan de forma sangrante con la permanente penuria del pueblo; como aquel momento en que pequeños campesinos y jornaleros, ante la carestía provocada por la plaga de langosta, piden el trigo del pósito:

«En la confusión horrenda pudieron escuchar lo que pedían: «¡Pan! ¡Pan! ¡Abajo los ricos miserables! ¡Abajo las limosnas!... ¡Que nos entreguen el pósito!...»

—Me parece —díjole al alcalde el sesudo don Macario— que les vas a tener que dar el trigo.

—¿Que trigo?

—El del pósito

—Si no hay

—¡Como!—repuso sorprendido, que por ser de la Junta de asociados sabía lo bien—¿No había mil ochocientas fanegas?

—Pues... ¡No las hay! (22).

Ni que decir tiene que el trigo del pósito había pasado a propiedad del alcalde, alter ego, como sabemos, de nuestro buen Jarrapellejos, y a quien no le importaba ni poco ni mucho que el cargo estuviese o no remunerado. ¡Sobran ocasiones de resarcirse con creces!

Mediante tales procedimientos el cacique sabe rodearse de una auténtica cohorte donde no faltan los asesinos. En efecto. La Joya se ve conmovida por un crimen pasional en el que se encuentran implicados dos señoritos de los que componen su círculo, Mariano Marzo y Saturnino Cruz. Es preciso echar tierra sobre el asunto y nuestro hombre no se arredra: nombra Gobernador Civil al primero, en sustitución de D. Florián, y alcalde de La Joya al segundo, porque, como él mismo dice: «nadie podrá creer que

fuesen los asesinos al verlos de políticos jefes respectivos del pueblo y la provincia» (23).

Para terminar con este breve recorrido por los resortes del poder caciquil, quizás no esté de más referirnos a un aspecto que siempre obsesionó a Trigo, detectable tanto en *Jarapellejos* como en *El Médico rural*: el papel que en este corrupto entramado juega la Iglesia, o por mejor decir, el clero local. En la época en que Trigo escribe, el abismo entre las clases populares y la Iglesia, estrechamente ligada a la clase dominante, tiende a acentuarse, a pesar de que en las zonas rurales el antiguo dominio del clero seguía siendo abrumador. Trigo está especialmente interesado en hacer resaltar el papel de «apagafuegos» asignado a la Iglesia por la oligarquía caciquil, en un ambiente donde las contradicciones de clase, debidas a la inhumana miseria del pueblo, hacían presagiar peligrosos estallidos de rebeldía. La función de la Iglesia a nivel local estribaría, por lo tanto, en achacar los males del pueblo y su crónica penuria a «un castigo de la cólera divina, a la inmoralidad y la incredulidad» (24), es decir, a conceptos más o menos abstractos y trascendentes, en un intento bastante burdo de desviar de la atención popular a los auténticos responsables de tanto abandono y marginación, cabe decir, a los caciques y sus adláteres. Esta actitud de la Iglesia no es, por lo demás, excepcional en la novelística de fin de siglo: baste pensar en Galdós y, sobre todo, en el Clarín de la Regenta (el vistazo del Magistral sobre el barrio obrero de Vetusta es ilustrativo de lo que decimos).

Todo ello no es obstáculo, naturalmente, para que las mentes biempensantes de la localidad traten de dormir con la conciencia tranquila, recurriendo, ¡como no!, a la bendita caridad, cauce por el que los ricos creen mitigar la injusticia, ganando al mismo tiempo el más allá. Para ello servía la Asociación de San Vicente que, por cierto, a pocos aliviaba en su miseria «por ser requisito indispensables las cédulas de confesión» (25), lo que demuestra el carácter selectivo que para la clase dominante ha de tener el ejercicio de la caridad.

c. La oposición.

Se suele decir que donde hay opresión hay resistencia a la misma, y La Joya no es una excepción. En efecto, la miseria y

explotación del campesino y jornalero se hacen tan insoportables que el fantasma de la revuelta quita el sueño de nuestros plácidos oligarcas. Plagas de langosta, malas cosechas, paro estacional se dejan caer periódicamente sobre el pueblo llevando a las clases populares al límite de la subsistencia. Trigo recoge muy gráficamente esta situación por boca de uno de sus personajes:

«¿Estás malo?... Pos amuélate y trabaja, y echa los reaños por la boca; que si se enferma mi jaca, bastante hago con pagale el albeita y la cebá. Y si no estás malo, lo mesmo: cuatro reales en invierno, escuémate criando una familia, y yo me acostaré con tus chicas cuando sean grandes y libraré a mis hijos mandándote los tuyos a la guerra.

¡Cuatro reales, señó! ¿Cómo quedarán que se valga así según cristiano?... Pague osté casa, leña, luz, zapatos y ropa y pan pa cuatro u cinco; pague usted médico y botica..., y allá le van contribucione y consumos que le balden, la cárcel si llueve y hay jornal y se sale uno al campo a buscarse unas tarama. Mucho con que se iban a rotural las dejesas, y sin rotural siguen; mucho con que se iba a queá la gente a la siega, y ¡la e siempre!... los padre, los mario, fuera, y las hija y las mujeres, aquí, de día a matase por la cochina pesetilla, y de noche a perder la poca lacha que las quea, a na que se descuidian, aguantando en la parva al señorito (..) ¡Rediez con las cosa de este mundo, y rediez con los beato señorito y señore d'este pueblo, a toas horas sin pensá más que en caele a arguna entre las pata... que es ya un asco» (26).

Los poderosos recurren unas veces al clero para que pida al pueblo resignación ante tantas calamidades atribuyéndolas a la cólera divina, y otras al argumento perennemente repetido de que La Joya es pobre. ¿Pero realmente lo es?. Veamos el testimonio de Trigo:

«Faraces, hermosísimos en su verdor perenne; selváticos jardines de leguas y más leguas; completamente abandonados, sin embargo, a la Naturaleza impavida, que hacía nacer más flores y más hojas para las abejas,

para los conejos, que aceite o trigo para el hombre. Salvo aquellos pegujales y huertos de las proximidades de la Joya y aquellas vegas del Guadiana, todo lo demás, en esta parte Sur, no era sino lo que pudiera nominarse el paraíso del sarcasmo, el edén de los hambrientos» (27).

Como se ve, el párrafo no tiene desperdicio, y además hace alusión a un problema de candente actualidad para nuestra región, a saber; que la injusta estructura de la propiedad, la mala distribución de la tierra, el latifundismo, en una palabra, es el principal responsable de las altísimas cifras de paro agrícola y de la ruina de tantos pequeños y medianos propietarios. No es, por lo tanto, la pretendida pobreza de nuestra tierra lo que provoca la miseria, el hambre y la marginación, como los pavorosos desequilibrios en la distribución de la riqueza, pues parece obvio que un más racional aprovechamiento del suelo agrícola absorbería gran cantidad de mano de obra. La existencia del latifundismo hace impracticable esta alternativa y, por otra parte, se convierte en excelente caldo de cultivo para la aparición del caciquismo.

Los paralelismos con la situación actual no paran ahí, porque ayer, como hoy, siempre queda el recurso de la emigración. La plaga de langosta unida a la sequía provoca auténticas riadas de emigrantes que buscan, sobre todo en el Nuevo Mundo, lo que su tierra es incapaz de darles:

«A las Gargalias, de ciento cincuenta vecinos, apenas si le quedaban diez braceros disponibles; campos desiertos, viñas sin guardar, ovejas sin motril ni mayoral» (28).

Y de nada servía que el párroco narrase los domingos en misa las penalidades por las que tenían que pasar los que se decidían a emigrar. Primero porque casi nadie iba a misa, y segundo porque

«Se estaba tan mal aquí, con frío, con suciedad, matándose a trabajo (...) que nada más malo se arriesgase con el cambio, que nada se perdiera con marcharse al mismo infierno» (29).

Los grandes propietarios, acostumbrados a sacar provecho incluso de la miseria del pueblo, ven en la emigración algo verda-

deramente providencial, ya que la entienden como válvula de escape que servirá, entre otras cosas, para aliviar el clima de tensión social que se ha ido creando en La Joya y su comarca. Los paralelismos con la época actual continúan. Pero oigamos a Trigo:

«Por cuanto a los señores de la Joya, (...) habían llegado a convenir que la emigración les era favorable. Por lo pronto les estaba resolviendo el conflicto de los pobres. Sobraba gente (...) Quería decirse, pues, que si le daba a la seca por seguir, y reduciéndose a la mitad los hambrientos, cada propietario también ahorrárase la mitad de lo que por el reparto municipal estaban dando de jornales de limosna. Y... y... vamos, sí, aún la gente joven añadía (...): «Se van ellos... y nos dejan a las mujeres en mayores libertad y facilidad» (30).

La opresión se hace tan insoportable, sin embargo, que provoca la tan temida revuelta. Este descontento se polariza en torno a la atractiva figura de Juan Cidoncha, profesor del colegio de La Joya, que «creía en el poder virtual de las ideas y en un porvenir mejor del mundo hecho por la ciencia y por la higiene» (31). Se trata del típico intelectual con ansias de redención social, con una buena dosis de candidez y de ideología un tanto difusa, a pesar de que él mismo se considera socialista. No obstante, sabe canalizar las aspiraciones populares que giran, claro es, en torno a la tierra, pues como el profesor nos indica

«La miseria presente se podría conjurar, en parte, evitando el mezquino y cruel ahorro que representaba el que las mujeres trabajaran y los hombres emigrasen en la siega. Solicitaba para estos, además, el reparto del trigo comunal del pósito, y la condonación de arriendos de unas fincas de la dehesa boyal o de las particulares, cuyas cosechas había perdido por culpa de la ajena incuria. La langosta, según la frase consagrada, no era mas que la «piojera de los pueblos». La sufrían los que no querían limpiarse (...) Y, ahora bien, el modo de limpiarse, el único modo de limpiarse, dejando para siempre a un lado gasolinas e inútiles socorros, estaba en roturar las

dehesas, donde desde tiempo inmemorial venían avanzando los langostos» (32).

El «programa» popular, con ser tan mínimo, chocaba, claro es, con los intereses de la oligarquía local, porque se daba la «coincidencia» de que las dehesas que era necesario roturar pertenecían en su mayoría a D. Pedro Luis o a miembros de su familia. Nuestro cacique, como era de esperar, moverá todos los hilos de su poder para aplastar la revuelta y dar con los huesos de Juan Cidoncha en la trena, abortando en su nacimiento las modestas reivindicaciones de campesinos y jornaleros. Tras el intento, el intelectual progresista quedará deshecho y llegará al convencimiento de que poco o nada se puede hacer para transformar un estado de cosas que por secular se ha hecho inamovible. Interesa resaltar esta última circunstancia porque, a pesar de las indudables simpatías de Trigo por el profesor, parecería como si con su fracaso quisiera demostrarnos, con evidente pesimismo, que la maquinaria caciquil era imposible de desarraigat mientras siguiesen subsistiendo los factores que la hacían posible y que, como hemos visto, rebasaban el ámbito estrictamente local.

La opinión que el movimiento obrero organizado merece a esta oligarquía caciquil es sumamente ilustrativa, no sólo de la postura cerril con que defiende sus estrechos y egoístas intereses de clase, sino, al mismo tiempo, de la pavorosa incultura con que, de un plumazo, pretende descalificar aquello que pueda lesionarlos. En *Jarrapellejos* dicha opinión aparece latente, pero es en *El Médico Rural*, novela a la que nos hemos referido en varias ocasiones, por abordar lateralmente el fenómeno caciquil, donde encontramos el testimonio más significativo. Veamos como pontifican los señoritos en el casino sobre el socialismo y la intranquilidad social:

- ¡Hombre, hombre, conque socialismo!
- ¡Que barbaridad!
- ¡Pero... yo no se qué quieren esas gentes!
- Que han de querer, Alfonso, hombre: ¡gandules que quieren vivir sin trabajar, y estupidez y cobardía de estos Gobiernos de España que no saben impedirlo!» (33).

¡Terrible requisitoria la de Trigo contra una casta feudal anclada en la más abyecta estupidez e incapaz de comprender que las capas oprimidas pueden articular un mínimo de organización en la defensa de sus intereses!

3. *A modo de conclusión.*

Confiemos que las líneas que anteceden hayan servido para dejar bien sentados dos realidades que a nosotros nos parecen incontrovertibles.

1. *Jarrapellejos* constituye un excepcional testimonio que nos permite conocer los más recónditos entramados de la realidad caciquil.
2. Lo que convierte a Felipe Trigo en lo que hoy podríamos calificar como «intelectual comprometido», en la medida en que su crítica y denuncia de tal fenómeno no deja lugar a dudas.

Sin embargo, la postura avanzada que adopta nuestro novelista no debe llevarnos a esquematismos y simplificaciones sobre su adscripción política. Esta, a nuestro modo de ver, nunca estuvo clara, porque si bien en *El Médico Rural*, refiriéndose al socialismo afirma que es «capaz de hacer surgir alguna vez de estas miserables aldeas las mil aldeas de flores y de paz en que fuesen bien posibles los idílicos amores y el trabajo sin codicias» (34), en otros momentos adopte una postura de tan hondo pesimismo que nada tiene que ver con el «optimismo revolucionario» del movimiento socialista.

Las líneas que dedica al político Melquiades Alvarez en *Jarrapellejos* nos hablan de forma bastante elocuente sobre esta ambigüedad política de Trigo.

«Y yo, monárquico como usted, porque creo que la autoridad y el orden de una monarquía democrática, con sus prestigios tradicionales, pueden ser el mejor puente de lo actual al porvenir; (...) yo, que sin embargo, voto a Pablo Iglesias; yo, individualista, socialista, monárquico..., un poco de todo...» (35).

Es decir, la «contradicción en los términos», a nuestro modo de ver, premeditadamente buscada, aflora en varios puntos de su obra. Y ello, como es sabido, tiene bastante que ver con ese movimiento pequeñoburgués, y como tal contradictorio, que llamamos regeneracionismo noventayochista, plasmándose a nivel literario en autores como Ganivet, Baroja, Azorín y Unamuno, y a nivel de arbitristo político y económico en la figura de Joaquín Costa. La necesidad de llevar a cabo una auténtica regeneración del país aparece en la obra de Trigo unas veces de forma latente y larvada, otras en sentido más abierto, pero constituyendo un auténtico leit motiv. Lo preocupación por la política hidráulica o el afán por la necesaria europeización del país hablan bastante en este sentido. De *Jarrapellejos* es el siguiente texto que avala lo que decimos:

«En los últimos quince días que él (Octavio) pilló de Parlamento, antes de cerrarse por las vacaciones veraniegas, desde su escaño (...) pudo observar que todo no era sino un vulgarísimo juego de palabras, de mañosos abogados..., o de frescos, de arribistas, cuyos más brillantes discursos, despojados de hojarasca, bien pudiera quedar en una escueta argumentación, muy semejante a la que empleó *Jarrapellejos* (...): «El progreso, los fonógrafos y el tren, las agujas, los botones de la ropa..., poco deben preocuparme mientras yo, con mi dinero, los pueda disfrutar, y los famélicos obreros se descuernen inventándolos o haciéndolos...» Un eructo, un eructo de satisfacción digestión, el Jarrapellos, el Congreso, toda la triste y burguesa España del Cid y del garbanzo de Castilla, que ibase muriendo sobre el hambre de los pobres y la grama de los campos» (36).

Es decir, presencia incuestionable de los típicos motivos regeneracionistas: crítica del «cretinismo parlamentario» y de una España castiza y provinciana que nos hace recordar la tan conocida frase de Costa sobre la necesidad de echar siete llaves al sepulcro del Cid.

Para terminar, sólo una breve alusión al antiparlamentarismo de Felipe Trigo. Como tantos otros llega a él a través de la crítica

del caciquismo, de la que se deriva, como señala el profesor Tuñón (37), hacia una crítica de los partidos turnantes y de los partidos políticos en general. Camino peligroso, porque de esta formulación a pedir un «cirujano de hierro» sólo hay un paso. ¿Lo dió Felipe Trigo? No podemos afirmarlo taxativamente, pero es bastante sintomático que en el epílogo (que él llama epifonema) de *Jarrapellejos* se llegara a identificar con un artículo de Mariano de Cavia, aparecido en *El Imparcial*, donde este periodista, de forma ambigua y velada, parece pronunciarse por la necesidad de un gobierno fuerte que pusiese freno a las tendencias centrífugas e insolidarias del hombre hispánico. Reconocemos, sin embargo, que esta vertiente de nuestro novelista es un aspecto que habría que estudiar con más detenimiento para no incurrir en simplificaciones apresuradas.

JOSE RAYA TELLEZ

NOTAS

(1) Felipe Trigo: *Jarrapellejos (Vida arcaica, feliz e independiente de un español representativo)*. Prólogo de Rafael Conte. Ediciones Turner, *La Novela Social Española*, Madrid 1975. *El Médico Rural*. Madrid 1978.

(2) Eugenio de Nora: *La novela contemporánea 1898-1927 (I)*. Edit. Gredos. Prólogo de José Bergamín. Madrid 1963, pág. 386.

(3) Cita tomada del prólogo de Rafael Conte a *Jarrapellejos*.

(4) E. de Nora, o. c., pág. 384.

(5) José María Jover Zamora en *Introducción a la Historia de España*. Editorial Teide. Barcelona 1971, pág. 733.

(6) Manuel Tuñón de Lara: *La España del siglo XIX*. Edit. Laia. Barcelona 1974, pág. 266.

(7) Benito Pérez Galdós: *El caballero encantado*, edición de Julio Rodríguez Puértolas. Ediciones Cátedra. Madrid 1977, pág. 188.

(8) M. Tuñón de Lara: *Medio siglo de cultura española 1885-1936*. Edit. Tecnos. Madrid 1970, pág. 57 y ss.

(9) Lucas Mallada: *Los males de la patria y la futura revolución española* (1890). Ricardo Macías Picavea: *El problema nacional* (1899). Joaquín Costa: *Oligarquía y caciquismo como forma actual de gobierno en España: urgencia y modo de cambiarla* (1901).

(10) F. Trigo: *Jarrapellejos*, pág. 24.

(11) Obra citada, pág. 24.

(12) Obra citada, págs 139-140.

(13) Obra citada, pág. 139.

(14) Obra citada, pág. 215.

(15) Obra citada, pág. 46.

(16) Obra citada, pág. 33.

(17) Obra citada, pág. 41.

(18) Obra citada, pág. 173.

(19) Obra citada, pág. 173.

(20) Obra citada, págs. 173-174.

(21) Obra citada, pág. 202.

(22) Obra citada, pág. 198.

- (23) Obra citada, pág. 304.
- (24) Obra citada, pág. 42.
- (25) Obra citada, pág. 110.
- (26) Obra citada, pág. 54.
- (27) Obra citada, pág. 212.
- (28) Obra citada, pág. 193.
- (29) ObraObra citada, pág. 194.
- (30) Obra citada, pág. 194.
- (31) Obra citada, pág. 36.
- (32) Obra citada, págs. 42-43.
- (33) *El Médico Rural*, pág. 128.
- (34) *El Médico Rural*, pág. 253.
- (35) *Jarrapellejos*, pág. 2.
- (36) Obra citada, pág. 211.
- (37) Manuel Tuñón de Lara, *Medio siglo de cultura española 1885-1936*. Edit. Tecnos, Madrid 1970, pág. 57.